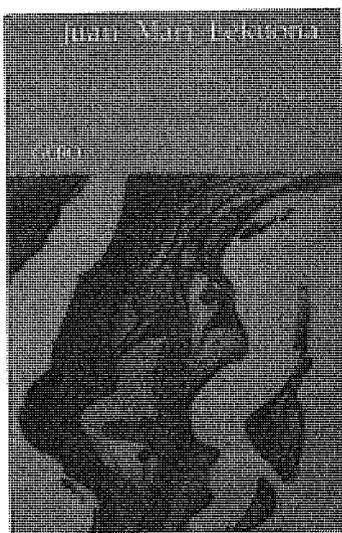


Muga Beroak

LEKUONA, Juan Mari

Bilbao: Ed. Mensajero. 1973.
ISBN 84-271-0616-5



Hace ya muchos años, en un artículo titulado «Salmoen Olerki Alderdia» publicado en la revista *Jaunaren Deia*, J.M. Lekuona se autodefinía como poeta: «Poesía nerea den zerbait da» (La poesía es algo que llevo dentro). En efecto, nos hallamos ante uno de los mejores poetas vascos de la segunda mitad del siglo XX. El Premio Euskadi de Literatura concedido a J.M. Lekuona en 1991 por su obra *Mimodramak eta Ikonoak* por el Departamento de Cultura del Gobierno Vasco, no es sino el reconocimiento final de una larga trayectoria de un escritor entregado a la búsqueda de la belleza poética. No es que sea un poeta prolífico como algunos otros pero sus cuatro libros publicados en cuarenta años de producción son más que suficientes para probar la línea ininterrumpida de trabajo en

el que destaca más la calidad que la cantidad.

J.M. Lekuona es un hombre que ha dedicado toda su vida a la cultura vasca, conjugando el ministerio sacerdotal ejercido en una parroquia o en un seminario con su amor al euskara y a la literatura vasca en la Universidad de Deusto (Bilbao), la traducción de textos litúrgicos hasta llegar a ser presidente de la Escuela de Traductores (1986-1989), la vasta investigación en el terreno de la literatura oral especialmente en el «bertsolarismo» y por fin la responsabilidad de vicepresidente de Euskaltzaindia o Real Academia de la Lengua y Literatura Vascas. Bien se le pueden aplicar las palabras que él mismo emplea para alabar la labor de otro gran pionero en el campo de la literatura oral: «Nunca agradeceremos suficientemente la suerte que hemos tenido con Aita Zavala». En su investigación destacaría unos quince artículos sobre la literatura popular vasca así como unos veinte prólogos dedicados a nuevos libros. Es también miembro de Euskaltzaindia, correspondiente desde el año 1962 y de número desde 1988, ocupando el puesto que quedó vacío tras la muerte de su tío Manuel Lekuona.

J.M. Lekuona, «Oyanburu» nació en Oiartzun el 11 de noviembre de 1927. En este bello rincón guipuzcoano han nacido varias figuras de la literatura vasca tanto oral como escrita. Destacaría entre otros a Sebastián Mendiburu (1708-1782), Manuel Lekuona (1894-1987), Román Irigoien (1904-?), Martín Lekuona (1908-1936), Joaquín Mitxelena (1924-1988), Xabier Lete (1944-) y Jon Oñaitibia (1911-1979).

J.M. Lekuona nació en el casco urbano de Oiartzun pero no se olvida en su obra poética de las raíces rurales ni del caserío lejano de su madre a quien dedicó su libro *Ilargiaren Eskolan*. «A nuestra di-

funta madre, agradeciéndole el mundo antiguo del caserío...» Ella le inspiró también una de las primeras poesías premiadas: «Ama» (Madre), donde el poeta evoca con cariño los recuerdos de la infancia. Creció en un hogar en el que el amor a la cultura vasca, la afición al bertsolarismo y al canto habían perdurado al menos durante tres generaciones.

Inició sus estudios en la escuela del pueblo natal regentada por monjas. Asiste también como tiple al coro parroquial donde despertaría la afición al canto que más tarde desarrolló en la «Schola Cantorum» y en el grupo de gregorianistas del Seminario de Vitoria. En la escuela se topó por vez primera con el muro de una segunda lengua extraña: la lengua española. J.M. Lekuona, siempre que las circunstancias no se lo impiden, se expresa en su lengua materna y toda su producción literaria está también escrita en euskara. Durante la II República Española, su tío Martín (fusilado más tarde por las tropas franquistas) le llevaba a su parroquia de Musitu (Alava) para que los niños de aquel pueblecito pudieran aprender el vascoense con la ayuda del niño Juan Mari.

Cursó los estudios eclesiásticos en el Seminario de Vitoria siendo ordenado sacerdote en 1953. Ese mismo año fue enviado a Roma donde pasa dos años (1953-1955) preparando su licenciatura y los cursos de doctorado en la Universidad Gregoriana. En esa época conoció personalmente al Cardenal Angelo Roncalli con motivo de una visita del futuro Papa Juan XXIII al Colegio per L'Emigrazione de Roma y a Pasajes de San Juan (Guipúzcoa). En 1960 tuvo nuevamente la oportunidad de estar con este Papa en Roma.

Sus inicios poéticos datan desde su adolescencia cuando tenía 16 años. Más tarde J.M. Lekuona aprovechará su estancia en Vitoria y en Roma para escribir poe-

sías vascas. Sus primeras creaciones aparecen publicadas en la revista *Egan* en 1950 y más tarde en *Euzko-Gogo* de Guatemala entre los años 1954-1956. Su poesía «Izaki Abestiak» fue premiada en un concurso de poesía organizado por la oficina de «Educación y Descanso» de San Sebastián. En 1951 obtuvo otro primer premio con su poesía «Ama» en un concurso semejante organizado por la misma institución.

Pasa el curso 1955-1956 en el Seminario de Vitoria y en Portugal preparando su tesis doctoral en teología sobre el *Ideario Ascético-Pastoral de Fray Bartolomé de los Mártires*. En un principio había pensado escribir su tesis doctoral sobre el *Gero* de P. «Axular» (1556-1644), padre de la literatura ascética vasca, pero se vio obligado a cambiar de plan por razones académicas, doctorándose en Roma en 1966.

En 1956 fue enviado a la parroquia de Añorga (Guipúzcoa) donde permaneció hasta 1959 sin apenas escribir poesía. Sin embargo fue una época muy feliz para el joven sacerdote inmerso en la realidad cotidiana y en contacto directo con los problemas humanos. En 1960 fue nombrado profesor del Seminario Menor de Saturrarán donde permaneció hasta 1963, pasando más tarde otros tres años (1963-1965) en el Seminario Mayor de San Sebastián. Desgraciadamente la década 1956-1966 no fue muy productiva en la poesía de J.M. Lekuona.

En 1966 publicó en hojas ciclotiladas su primer librito de poesía titulado *Mindura Gaur*. Es un conjunto de siete poesías que más tarde pasarían a formar la segunda parte de su segundo libro, *Muga Beroak* (1973).

El panorama socio-político y el entorno poético cambia drásticamente en Euskal Herria a finales de la década de los 60. B. Gandiaga había publicado su primer li-

bro *Elorri* en 1962 (rica fuente de poesía religiosa e íntima), ocultándose poco después en un mutismo profundo de más de una década. En 1964, fecha clave en la moderna poesía vasca, se publicó el famoso libro *Harri eta Herri* de Gabriel Aresti, premiado un año antes con ocasión de un concurso poético celebrado en Tolosa en honor de N. Ormaetxea, «Orixe» (1988-1961). J.M. Lekuona lee atentamente la obra de G. Aresti y sigue con optimismo y preocupación esperanzada los nuevos cambios tan profundos. El año 1966 es muy importante en este contexto social y religioso. La secularización es cada vez más manifiesta y los seminarios quedan semivacíos. Grupos de seminaristas que más tarde destacarían en las letras vascas como M. Lasa, A. Lertxundi, J.A. Arrieta, J. Zulaiça, L. Haranburu Altuna, J. Apalategi, etc. abandonan el seminario y los conventos en busca de un cambio, de una utopía posible en la sociedad. Este hecho queda reflejado en el prólogo del libro de Joseba Zulaica *Adanen Poema Amaigabea* (1975): «Muchos abandonamos nuestra vida de seminaristas y de sacerdotes para convertirnos rápidamente en militantes ateos, guerrilleros, pedagogos o simplemente marginados». En la primavera de 1968 de París, muchos valores tradicionalmente aceptados hasta entonces en la vieja Europa hacen crisis. El existencialismo ateo de J.P. Sartre que comenzó a ser conocido tras la II Guerra mundial en Francia, se pone de moda especialmente en los medios universitarios franceses. En 1968 se asiste también a las primeras víctimas de la lucha armada, tanto en el bando de ETA como en el de las fuerzas policiales del Estado español. Los asesinatos del primer militante de ETA Txabi Etxebarrieta, y del policía Melitón Manzanas caldearon una situación política que aún hoy

sigue sin resolverse. La poesía social de G. Aresti dominaba en los círculos literarios vascos de entonces.

J.M. Lekuona, vigía atento de la evolución rápida de la sociedad vasca, observó con inquietud que el existencialismo ateo llevaba al hombre a un callejón sin salida, a la irreligión sin una esperanza trascendente. En consecuencia no le basta ya la poesía social de G. Aresti y hacia 1972 buscó una nueva poesía donde lo social no quedara limitado a las relaciones laborales de explotador-explotado, patrono-obrero, capital-trabajo. El poeta de Oiartzun busca otro tipo de poesía analizando en profundidad las fuerzas telúricas de la evolución del cosmos (tierra, fuego, agua, aire) tan bien presentadas por el paleontólogo francés Teilhard de Chardin (1881-1955).

Todos estos cambios que durante más de dos décadas (1950-1972) inquietaron el corazón del joven poeta están reflejados en las tres partes tan diferenciadas de su libro *Muga Beroak* (1973; Fronteras Calientes) cuya recensión presento aquí.

En adelante trataré de ahondar más en estas tres partes y en cada una de las poesías más importantes que componen este libro.

1.—La primera parte titulada «Herenegun» 1950 (Anteayer); se compone de siete poesías: «Izadi Abestia (Canción de la Naturaleza)», «Ama» (Madre), «Begi Beltxaran» (Ojos oscuros), «Goiz Argi» (Luz Matinal), «Ubel» (Morado), «Aize-Errota» (Molino de viento) y «Zergatik Aitona?» (¿Por qué abuelo?).

En toda esta primera parte se observa la influencia de los poetas vascos de la preguerra civil especialmente de «Lauaxeta» en su libro *Arrats-Beran* (1935; Al atardecer) y de «Lizardi». No faltan especialmente en las tres primeras poesías los ecos del romanticismo (vg: el «yo» poético, la vuelta al

asado, la personificación de la naturaleza, etc.). El tema de la reacción en adoración de su Creador: «Benedicite omnia opera Domini Domino» de la liturgia rristiana (tan en consonancia con el espíritu del «poverello» de Asís), es evidente en la primera poesía, «Izadi Abestia». La creación sirve de puente para que el hombre se acerque a Dios como en la poesía de «Orixe» («Igan be nire lelo», *Barne-Muinetan* y *Berraondo'ko Meza*).

En la segunda poesía, «Ama», que nos describe la relación entre madre e hijo desde la concepción, el tema romántico con sabor de poesía tradicional es patente. En la tercera poesía, «Begi Beltxan», escrita según el ritmo de «8 Nagusia» de los bardos vascos, escuchan los ecos de la poesía popular tan unida a la creación poética de J.M. Lekuona. En las poesías cuarta y quinta, «Goiz-Argi» y «Ubel» (dedicada al pintor A. Valverde) destaca sobre todo el colorido descrito de forma impresionista. Una larga lista de colores nos muestra la tendencia de este poeta tan aficionado a otras expresiones artísticas como a pintura, la música y el cine. El poeta nos describe la naturaleza sin atender como antes a la realidad objetiva sino a la impresión personal y subjetiva. Se nos muestra en estas dos poesías como obsesionado por la luz y los distintos colores.

En la sexta poesía titulada «Aize-Errota» (Molino de viento), el poeta pasa de los versos largos a los cortos en los que prevalecen las descripciones sencillas y estilizadas, junto a un lenguaje popular pero bello. Por fin en la séptima y última poesía de esta primera parte, «Zergatik, Aitona?» prevalece el diálogo a modo de canto, establecido entre un abuelo y su nieto. Las sencillas pero bellas imágenes nos evocan una vez más los símbolos de la poesía

vasca de la preguerra civil, especialmente de «Lizardi».

2.—La segunda parte del libro lleva el título de «Atzo.1966. Mindura Gaur». Tras haber expresado en la primera parte los ideales y las ilusiones de la juventud, el poeta entra en crisis en esta segunda parte. Su título es muy significativo «Mindura, Gaur». (Dolor, Hoy). Es el dolor que le producen los grandes cambios, la desaparición del caserío y tal vez del euskara, la pérdida de las costumbres vascas. J.M. Lekuona observa muy de cerca estos fenómenos y la desaparición de la temática rural de un mundo como el descrito por «Orixe» en su *Euskaldunak*. Nos hallamos ante profundos cambios temáticos que requieren también unas estructuras nuevas y un nuevo lenguaje para expresar los temas de la poesía social (muerte, prostitución, mentira, injusticia, etc.). El tríptico aparece como estructura fundamental en esta segunda parte.

En contra de lo que alguno podría pensar, la poesía de J.M. Lekuona no es un rechazo de la poesía social de G. Aresti. Todo lo contrario. En esta época de su vida el poeta guipuzcoano ha abandonado ya las técnicas de la poesía anterior a la guerra civil para navegar por los nuevos cauces que el poeta bilbaíno aportaba al mundo de la poesía moderna. J.M. Lekuona sigue pensando en la validez y actualidad de la poesía social y existencialista de *Harri eta Herri* (1964; Piedra y Pueblo) especialmente por el sufrimiento humano. Tras el abandono de la poesía íntima de la época anterior, nos ofrece un tipo de poesía más en consonancia con la realidad vasca de esa época. Algunas de sus poesías como «Meretriz illa», «Ez neri esan!», «Porlandi» y «Jainkoa il da» son antológicas y muy importantes para conocer la evolución poética de J.M. Lekuona.

Esta segunda parte del libro se compone de cuatro trípticos que contienen tres poesías cada uno de ellos, con la excepción del tercero que contiene cuatro. Como pódrico o «Jarrera» (entrada) de este gran edificio artístico nos hallamos con una breve poesía titulada «Errota Zaar» (Viejo molino). El epígrafe que la encabeza está tomado del Libro del Apocalipsis y nos ofrece una alusión al viejo molino. No es una fría descripción de un mero instrumento de trabajo sino un diálogo entre tú y yo, entre el «yo» poético y un molino personificado. Los contrastes y la melancolía impregnan este breve diálogo.

En el primer tríptico destacaríamos dos poesías: «Meretriz illa» y «Piniñudi Aizetan». Aunque todas las poesías de esta segunda parte conservan en común el mismo tema, los puntos de vista son muy diferentes. En «Meretriz illa» destaca el tema del hastío de la vida y de la soledad hasta optar por el suicidio como única solución de evasión. J.M. Lekuona nos presenta con crudeza pero con cariño, la muerte de la actriz americana Marilyn Monroe que quedó descrita por la pluma de varios escritores en la literatura universal. El título de la poesía es ya muy significativo por sus raíces latina y bíblica. Aunque la mujer sexy de cabellos de oro está muerta, se entabla una especie de diálogo familiar entre ella y el «yo» poético. Junto al pecado no falta la comprensión al evocar al grupo de vírgenes tomado de la Biblia: «Beto Zeruko biriginen saillak...».

La tercera poesía «Piniñudi Aizetan», escrita sin grandes pretensiones poéticas nos describe los primeros escauceos de una pareja de jóvenes enamorados valiéndose para ello de versos libres, cor-

tos y populares. No hay que olvidar que el poeta era un sacerdote de parroquia donde se daba tanta importancia a la relación sexual en el noviazgo.

En el segundo tríptico destaca la poesía «Ez neri esan» donde J.M. Lekuona expresa los sentimientos más íntimos del corazón, su «mindura» pero no de forma romántica sino controlada. No rechaza su condición humana de la que se siente feliz, reconociendo como San Pablo la lucha entre el bien y el mal, la concupiscencia. En bellos versos entrecortados y de ritmo libre, el poeta rechaza la hipocresía y la falsedad.

El tercer tríptico comienza con la corta poesía titulada «Kamelluen Parabola». El tema bíblico de las dificultades que crea la riqueza para entrar en el cielo es tratado con sutil ironía. En la poesía «Porlandi» el poeta se ve obligado a elegir entre la sociedad rural y la urbana. A pesar de la pena que le produce el contemplar la pérdida de muchos valores y costumbres tradicionales (el caserío, la paz de las montañas, la tala de los hayedos, el fin de los rebaños de ovejas, tal vez hasta el retroceso del euskara), el poeta toma una decisión sin vacilar en favor de la sociedad industrial, de cemento, de pisos altos, de fábricas donde no faltará pan para los obreros ni medicinas en caso de enfermedad. En bellas imágenes, J.M. Lekuona nos describe el paso de una sociedad agraria (simbolizado en la cerradura enroñada de la puerta del caserío) a la sociedad industrial donde los pájaros se verán presos en sus jaulas, las flores en los tuestos y la comida envasada en latas.

«Porlandi» es una poesía condicionada por la estancia del poeta en Roma. Como su amigo B. Gandiaga en *Uda Batez Madrilén*, J.M. Lekuona queda impresionado por la altura de los edificios romanos, por esa civilización del cemento al que el cantante Celen-tano había dedicado la canción «La Gente in Cittá» en el festival

de San Remo en 1966.

Como caso excepcional, este tercer tríptico contiene cuatro poesías. «Jainkoa il da» (Dios ha muerto) merece una atención especial. Este grito de F. Nietzsche (1844-1900) no es aceptado por un creyente pero nuestro poeta constataba en su vida pastoral que, «Jainkoa il da biotz askotan», Dios ha muerto en muchos corazones. En este mundo huérfano de padre, y de Viernes Santo perpetuado, la idea de Dios va oscureciéndose porque según unos es como un opio que nos atonta y según otros permite el mal y favorece sólo a los ricos. El poeta como creyente no acepta ni el existencialismo ateo que conduce al nihilismo ni el ateísmo pero acepta el reto que la sociedad moderna lanza al cristianismo. J.M. Lekuona reclama una nueva imagen de Dios presentada por los cristianos que siguen la primacía del amor como nos describe San Pablo en una de sus cartas.

3.—La tercera parte del libro, «Gaur: 1972. Hondarrean Idatzia» (Hoy, 1972. Escrito en la Arena) supone un salto cualitativo en la temática y en el estilo de J.M. Lekuona. La poesía social y los temas existencialistas hacen crisis en él, percatándose de que el ser humano posee otras dimensiones. Por ello abandonando esta poesía social y comprometida, trató de hurgar en las profundidades telúricas del cosmos optando por un tipo de poesía diferente al que había escrito hasta entonces. Tomando al hombre en su conjunto es evidente que todos poseemos un origen y unos elementos constitutivos comunes. Se hace una lectura del hombre a través de los arquetipos fundamentales sin reparar en sus diferencias: blanco-negro, obrero-capitalista, creyente-no creyente, izquierda-derecha, explotado-no explotado, etc. Sin fijarse en una ideología concreta como lo había hecho la poesía social, el poeta de Oiartzun nos ofrece en «Ludia Nigan» un bello poema dividido en cuatro

partes dedicadas a la tierra, fuego, agua y aire. La belleza de las imágenes con que los primeros elementos del cosmos son descritos atrae al hombre de hoy cuya historia va asociada también a los orígenes de la creación. La unión de la tierra y del hombre unidos por el cordón umbilical, «zilbor-estea», el trasfondo bíblico y religioso que se respira (El Evangelio de San Juan «Et Verbum caro factum est») y «El Cristo de Velázquez» de Unanuno) hacen que este poema sirva de meditación contemplativa sobre el origen del mundo y del hombre. En la última poesía «Azkeneko Harkaitzen Muga» se expresa el deseo de vivir a pesar de que la evolución de la vida nos obligue a ver que las flores se marchitan y que los ojos se cierran. Con este tipo de poesía no comprometida nuestro poeta se distanció de la poesía social.

J.M. Lekuona no fue en esto un pionero solitario. Otros poetas como Joxe Azurmendi, Mikel Lasa, Joseba Zulaica tampoco consideraban la poesía como un mero instrumento de lucha contra la injusticia sino como una metaliteratura con entidad propia independientemente del uso que se pudiera hacer de ella. El poeta de Oiartzun ha procurado siempre evitar dos extremos. No es un esteta perdido en el laberinto de la belleza parnasiana en busca de las filigranas del «arte por el arte» pero tampoco es un poeta de «tertulía» o plataforma que sigue sin más unos gustos artísticos colectivos. Su arte es muy personal, estudiado a fondo como el de un arquitecto que prepara los planos antes de comenzar una obra. J.M. Lekuona labra la palabra, busca el símil más adecuado, halla las metáforas más inesperadas, ahonda en las raíces del ser vasco y nos ofrece una poesía culta y bella. Algunos de los pasajes de su creación poética son antológicos y nos muestran sin duda alguna que nos hallamos ante uno de los mejores poetas vascos de la segunda mitad del siglo XX.